

lograr que el paquete esté aquí cuando debe de estar para que el reparto se haga á su debido tiempo! Mañana, domingo, cuya fecha lleva el periódico, ha de quedar distribuído en Villavieja antes de las ocho de la mañana. No se le olvide á usted volver á advertírsele á los repartidores, cuando les entregue, muy tempranito, la lista y los ejemplares correspondientes, que quedan aquí, como usted ve, ni encarecerles mucho las instrucciones que le tengo dadas para el reparto... ¿Se entera usted? Corriente. Pues á su sitio ahora todo el mundo, y que me suban algo de cenar en seguida, porque vengo desfallecido y con muchas ganas de acostarme.

A la mañana siguiente, antes de la misa segunda, que se decía á las ocho, ya no quedaban en manos de los repartidores de *El Fénix* otros ejemplares que los destinados á la masa anónima. Todos los demás se habían distribuído de casa en casa conforme á lo acordado. En algunas de ellas y en determinados puntos, se dejaron varios ejemplares: cincuenta en la de las Escribanas; otros tantos en el Casino; diez á

Rufita González; cinco á las Corvejonas; igual número á las de Codillo y á las Indianas; doce á los Carreños, y doce también á los Vélez, contando Maravillas con que todas estas gentes habían de tener señalado gusto en que *la cosa* circulara y se fuera propagando por la villa y fuera de ella.

A don Alejandro Bermúdez, que había ido con Nieves á misa primera, le entregaron su correspondiente ejemplar á la salida de la Colegiata, ahorrándose el repartidor una subida á Peleches. Allí mismo se repartieron otros muchos ejemplares de los destinados «á la masa». Don Alejandro, después de mirar el papel con más indiferencia que curiosidad, le plegó en tres dobleces y le guardó en el bolsillo. Nieves, entretanto, echaba una ojeada á la botica, en cuyo fondo solamente vió al mancebo con los brazos en alto y una botella en cada mano, trasegando líquido de una á otra. Ni señal de Leto ni de su padre. Éste, contra su costumbre de toda la vida, no había madrugado aquel día. Las emociones y las batallas de los anteriores le habían pegado á la cama á aquellas horas, bien á pesar suyo.

En cuanto á Leto, que se había pasado la noche en claro, después de la larga entrevista que tuvo con su padre recién llegado de Peleches, estaba encerrado en el cuarto de la trastienda con *El Fénix Villavejano*. Por bajar á la botica se le entregó el mancebo con una mano, poniendo el índice de la otra, y sin hablar una palabra, sobre el renglón en que se leía: *Percance grave*. Diez minutos después no parecía Leto un hombre, sino una fiera recién enjaulada.

Por este lado, los vaticinios de Maravillas se cumplían bastante bien: las malicias resultaban donde las había puesto él; por otros, el éxito había sobrepujado á sus esperanzas: el periódico fué una bomba en cada casa, particularmente en la de «los chicos de la redacción», que se espantaron al pasar la vista por el artículo-programa, motivo de indignación y de escándalo hasta para el más tibio de los villavejanos. ¿Qué no sería para los pobres chicos que con sus firmas se habían hecho solidarios de aquellas empecatadas doctrinas? ¿Cómo convencer á nadie de que habían sido engañados y sorprendidos? Buscáronse, en ayunas y

en chancletas, como estaban; halláronse, reuniéronse y deliberaron. ¿Qué hacer? Romperle la crisma. En eso convinieron todos, sin discusión; pero ¿y después? Arrancarle una declaración y dar ellos un manifiesto; pero faltaba la imprenta para propagarle con la abundancia y la rapidez que la urgencia del caso pedía...

Deliberando sobre esto quedaban á las nueve y media todavía, mientras Tinito, que tenía su plan, continuaba encerrado en casa donde había recibido, por conducto de su padre, las felicitaciones de los cuatro prosélitos que, como se sabe, tenía entre los gremios de zapateros y mareantes.

Esto había enorgullecido mucho al tabernero, y le había parecido á él signo de buen augurio. A un recado que se le mandó de parte de sus colaboradores, respondió por él su padre diciendo que había salido de casa.

Así hasta las diez y media. A esa hora, muy planchadito y repeinado, erguido hasta la rigidez, risueño de oreja á oreja, y solemne y augusto en su apostura, apareció delante de la Colegiata, dispuesto á

aceptar los honores del triunfo que habían de decretarle allí, en el momento de salir de misa mayor, las gentes más importantes de la villa.

Entretanto ocurría dentro, en la iglesia, un suceso muy extraordinario. El párroco don Ventura, después de leer dos proclamas de casamiento y de anunciar las fiestas de la semana, cogió otro papel que á prevención tenía sobre la mesa del altar; reclamó con mucho encarecimiento toda la atención de sus feligreses, y comenzó á leerle, en voz recia, pero alterada por una gran emoción. Era una protesta firmada por los seis colaboradores de Maravillas, contra todo lo que pudiera contenerse en *El Fénix Villavejano*, de ofensivo para las creencias religiosas ó el honor y la fama de las familias de aquel pueblo; ofensas ingeridas en el periódico, sin el conocimiento ni la menor aquiescencia de ellos. Se valían de aquel medio de publicidad para su protesta, por no tener otro á sus alcances, y á reserva de utilizar cuantos les sugiriera su vehemente deseo de entregar al juicio de la conciencia pública la conducta

incalificable del tal y del cual... ¡Bueno le ponían!

De todo ello tomó pie don Ventura para alabar la conducta de los declarantes y condenar las doctrinas impías, objeto principal de la protesta. «Atacar la religión de cierto modo, vamos, se ve á menudo; pero hombre, ¡negar á Dios; á Dios Uno y Trino, Grande, Omnipotente y Misericordioso!... ¡y en Villavieja! ¡Qué barbaridad!» Y lloraba de espanto y pesadumbre el bendito varón. Y sus feligreses, indignados antes, se conmovían con sus lágrimas y lloraban también.

Y Maravillas que oía estos rumores desde afuera, pensaba que eran rezos de los «fanáticos», y se reía de ellos á la vez que se impacientaba por lo que la gente tardaba en salir de la iglesia. Para entretener sus impacencias, paseaba arriba y abajo en la faja de sombra que proyectaba la mole, observado de una media docena de muchachuelos y otros tantos menestrales que andaban por allí matando el rato. Desde que había salido de casa, donde quiera que había puesto los ojos ó el oído, había visto el

periódico *suyo*, ó pescado alguna palabra referente á él; y los que le veían pasar, le miraban, le miraban, ¡con una fijeza y un interés!... Hasta los menestrales y los muchachos aquellos que andaban por la plazuela, le comían con los ojos. Pues ¡cuántos no había detrás de las vidrieras en las casas inmediatas, mirándole y admirándole? Y en estas ilusiones, media hora larga; y la gente en la iglesia.

En esto apareció Leto en la bocacalle inmediata á la botica. Aquel domingo (Dios se lo perdonara) se había quedado sin misa. Se le pasó la de ocho corriendo el temporal desahogado en el cuartuco de la trastienda. Después, por no ahogarse allí de ira y de indignación, había salido sin saber por dónde ni á qué: de calle en calle; y si al paso se topaba con Maravillas... Porque no podía ser de otro la laceria aquella de la cuarta plana del periódico: la *Fábula* desde luego lo era, porque llevaba sus iniciales. Pues, carape, ¿qué menos que un par de bofetadas para desahogarse un poco? Esto no podía chocarle á nadie; era de razón y de necesidad. En una de sus viradas,

tropezó con el fiscal que le detuvo para decirle:

— Vamos, amiguito, «si buenos azotes me dan, bien caballero me iba». No hay que quejarse.

— ¿Lo dice usted — le preguntó Leto enronquecido y algo convulso — por lo del libelo ese?

— Hombre, — respondió el fiscal recogiendo velas delante de aquel huracán á la sordina, — sí y no. Con pretexto de ello quería yo aconsejarle á usted que lo echara á risa; porque comparado con el bollo que tantos le envidian á usted, ¿qué vale el coscorrón que le cuesta?

— Pues mire usted, fiscal, y para que le vaya sirviendo de gobierno, — respondió el otro temblándole los labios: — si quiere usted que no se le atragante el bollo ese, guárdese mucho de volver á tomarle en boca delante de mí; porque por encima de cuanto le estimo á usted y hasta del sol que nos alumbra, pongo yo el respeto que se debe á la persona á quien apunta usted en su broma de mal gusto. Y dejémoslo aquí si le parece.

Y allí se dejó, con mucho placer del fis-

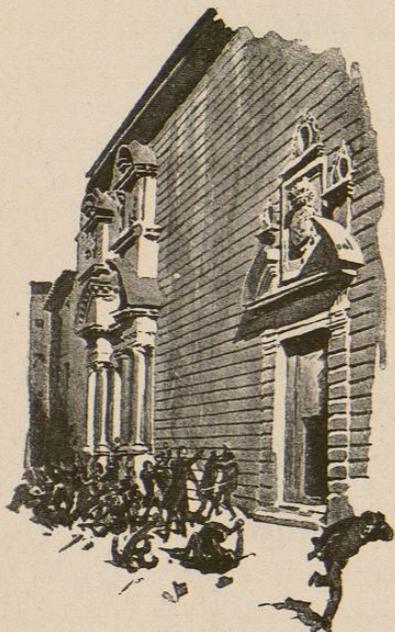
cal, que no tenía interés alguno en probar sobre su persona la fuerza de los puños de Leto embravecido. Fué cada cual por su lado; y de esta aventura volvía, con la espina de su recuerdo atravesada en la garganta, el hijo de don Adrián Pérez, cuando se le ha visto aparecer en la plazuela por el lado de la botica.

— ¡Carape!... Allí está, — se dijo estremeciéndose todo al reparar en Maravillas.

Y se fué derecho á él con propósito de abofetearle; pero al llegar á su lado y verle tan poca cosa y empalidecer de susto, cambió de idea por escrúpulos de su conciencia hidalga, y se conformó, después de volverle de espaldas tirándole de las orejas, con administrarle una descarga de puntapiés, algunos de los cuales le levantaron más de un palmo sobre el encachado de la plazuela. Huyendo de los golpes que le contundían, trató de refugiarse en la iglesia; pero cabalmente comenzaba á salir entonces la gente; y aun quiso su mala fortuna que el primero que salía fuera Nilo Chuecas, el colaborador poeta de los *Cantares tiernos*; el cual, al verse cara á cara con el sabio, le plantó en ella

el mejor par de bofetones que se había dado en Villavieja muchos años hacía. Ocurrió también que detrás de Nilo salía de la iglesia *Tapas*, uno de los zapateros *ateos* admiradores de Maravillas; pero muy devoto rezador al mismo tiempo, y hermano de la Orden Tercera de San Francisco. Era mozo robusto y fuerte; y al ver á su ídolo huir de los puños de Nilo para caer en las puntas de los pies de Leto, fué hacia éste en actitud de pedirle cuentas de lo que pasaba allí. ¡A buena puerta llamaba y en buena ocasión! Cabalmente estaba Leto deseando habérselas con alguno en quien desfogar sus iras sin que protestara su conciencia por abuso de poder. Y respondió á la interpelación del zapatero con una bofetada que sonó en toda la plazuela, é hizo dar á *Tapas* tres vueltas en redondo; salió entonces á la defensa del abofeteado uno de los menestrales que contemplaban á Maravillas poco antes, y obtuvo igual recibimiento que *Tapas*, del hijo del boticario; púsose Nilo Chuecas al lado de éste; salieron de la iglesia otros dos *ateos* de los prosélitos de Maravillas, y unieronse á los que peleaban por él; fueron

entrando en pelea por aquí y por allá gentes que no habían soñado en ello ni tenían por qué soñarlo; comenzaron los gritos de



las mujeres y los conjuros de los hombres pacíficos; presentáronse en escena otros dos colaboradores del maldonado periódico; llegó el mancebo de la botica; salió de la iglesia don Adrián, y detrás don Claudio Fuertes, que tomó sitio junto á Leto y comenzó á sacudir garrotazos á diestro y á siniestro; huyeron hacia la izquierda los Vélez y hacia la derecha los Carreños, que tenían

un miedo horrible á los alborotos populares; desmayáronse dos Escribanas, una Codillo y Rufita González, y abriéronse todos los balcones que daban á la plaza y llenáronse de gente que se llevaba las manos á la ca-

beza y estaba sin color y sin pulsos al ver á los combatientes de aquel campo de Agramante, rodar aquí en montón confuso por los suelos, allá esgrimiendo los puños en el aire, acá forcejeando entrelazados, y acullá á Leto y al comandante segando hombres en un espacio de tres varas en rededor, que siempre estaba desembarazado de estorbos. Por todo se reñía allí entonces menos por la obra empecatada de Maravillas, de quien nadie se acordaba ya y de cuyo paradero no se sabía.

Por último, vino el Juez de primera instancia acompañado de la Guardia civil; y así y todo costó Dios y ayuda deshacer aquella maraña de carne, y apaciguar las olas de aquel mar encrespado por primera vez en cuanto alcanzaba la memoria de los más viejos de la villa. Créese que influyó mucho en la feliz terminación de la lucha y en el más pronto despejo de la plaza, el haberse oído de repente el silbato de *El Atlante*, anunciando su entrada en el puerto: suceso que arrastró al muelle á la mayor parte de los espectadores de la refriega, y aun á algunos de los combatientes que esta-

ban *desocupados* en el instante de oirse los pitidos del vapor.

.
Mientras estas cosas tan graves ocurrían abajo, arriba, en Pelechés, sin tenerse la menor noticia de ellas, también pasaba algo que merece consignarse aquí por remate de la crónica de aquella mañana de eterna remembranza en los futuros anales de la perínclita Villavieja. Fué el caso que don Alejandro Bermúdez, olvidado ya de que había guardado en uno de sus bolsillos el periódico que le habían entregado al salir de misa primera, topó con él á media mañana; y por casualidad, al desdoblarle, quedó ante sus ojos la cuarta plana, como pudo haber quedado la primera. Fijó la vista en el epígrafe *Percance grave*, que estaba en letras de mucho relieve; tentóle la curiosidad, y leyó lo que seguía. Se quedó hecho una estatua al concluir. Repasó su memoria... «Justo y cabal», se dijo. Y voló en busca de Nieves, con el periódico en la mano y las gafas en la punta de la nariz.

Sin sentarse y temblándole el papel entre

los dedos, leyó á su hija lo del *Percance grave*. Cuando acabó de leer, Nieves estaba pálida, pero atenta y muy en sí.

— En este puerto no hay más que un yacht — dijo Bermúdez mirando muy fijamente á su hija por encima de las gafas, — ni más señorita forastera que ande en él, que tú; y para inventada, me parece mucho esta noticia... Después, se da por ocurrido el suceso el jueves, el mismo día de aquellas mis confusiones... Vamos, que las señas son mortales...

— ¡Ojalá — respondió Nieves — que entonces, como estuve tentada á hacerlo, te lo hubiera confesado todo!

— ¿Luego es cierto?

— Si me prometes oirme sin enfadarte conmigo, ni con *nadie*, — dijo ella subrayando esta palabra con una sonrisilla algo forzada, — yo te referiré el caso con todos sus pormenores, que no dejan de ser de importancia.

— Yo te prometo cuanto quieras, hija mía, — repuso Bermúdez trasudando de congoja y sentándose al lado de Nieves. — Pero cuenta, ¡cuenta, por el amor de Dios! y

sácame cuanto antes de esta terrible curiosidad en que estoy metido.

Y empezó Nieves á relatar; y relatando ella punto por punto todo lo ocurrido aquel día memorable, con la más escrupulosa minuciosidad, y aun recargando los trazos y los colores en algunos pasajes, como si intentara grabarlos hondamente en la memoria y en el corazón de su padre; oyendo él absorto, estremeciéndose á menudo, aterrado en ocasiones, descolorido y suspenso siempre; preguntando y repreguntando á veces para apurar la materia; y llevando, por último, ella y él la conversación á los sucesos domésticos que tuvieron origen en el relatado por Nieves, se les fué pasando la mañana hasta la hora de comer; llegó entonces don Claudio Fuertes, y aconteció lo que el lector verá en el siguiente capítulo, que, si no es el último de la presente historia, ha de andar muy cerca de serlo.



XIII

EN EL QUE TODOS QUEDAN SATISFECHOS
MENOS EL LECTOR

ACONTECIÓ primeramente, que don Alejandro Bermúdez, sin dar tiempo á que su amigo se sentara, ni acabara de saludar siquiera, le informó de lo tratado allí con Nieves; noticia que alegró mucho á don Claudio, porque había temido, al ver los extraños continentes del padre y de la hija, y al primero con el endiablado papel entre manos, que se hubieran tragado el veneno